

EL CUENTO DE VALVANERA

Alfonso

Soy Valvanera y esta es mi historia con la vida y la muerte. Ambas nacen y mueren con cada uno de nosotros, son, ante todo, respetuosas con nuestra libertad.

La conocí por primera vez, cuando tenía 3 o 4 años, allá en mi pueblecito de La Rioja. Un carro con dos mulas me paso por encima. Sé, en una vaga sensación, que me tiró al suelo y él pasó por encima sin que yo dejara de jugar.

Volví a conocerla a los 12 años; me dio un cólico ciego y el médico dijo a mis padres que rezaran, pues la niña se iba. Estaba inconsciente pero sé que me preguntó:

- ¿te quieres ir conmigo al otro lado?

- No, ni hablar. –contesté.

Ella desapareció y aquella misma tarde la fiebre fue bajando, recuperé el conocimiento y sané.

Ya tenía 28 años, mi vida dejaba de tener sentido. La llamaba y, sin embargo, se hacía la remolona...

Corría el año 1820 cuando llegué al balneario de Quinto. Llevaba tiempo aquejada de grandes molestias en los ojos, y pesadez en las digestiones. Me acompañaba mi esposo, D. Fausto, un burgués adinerado de Zaragoza. Le habían hablado de las aguas sulfurosas de ese lugar y, con poca confianza y como último recurso, me convenció para que las probara, a ver si aquí mejoraba.

El soberbio edificio que vimos al llegar nos agradó sobremanera, al igual que la acogida del personal que trabajaba en él. Una vez alojados nos presentaron al director del hospital, Dr. Federico Abadía, quien nos escuchó atentamente y nos explicó cómo iba a ser el tratamiento al que iba a ser sometida y la duración del mismo:

-Deberá permanecer con nosotros quince días en los que mañana y tarde, tomará las aguas, seguirá la medicación y mis consejos de forma intensiva. Después durante un

año bastará que nos visite una semana al mes y yo le aseguro que, muy pronto, estos problemas solo serán un mal recuerdo.

-Muy optimista le veo Doctor –le dije muy escéptica.

-Le ruego que confíe en el poder de la naturaleza y de estas aguas –me contestó.

Asentí, sonreí y decidí quedarme. Mi marido marchó a sus muchos quehaceres a Zaragoza. Quedé acompañada de mi dama de compañía María que ya se había convertido en mi amiga y confidente.

Era un día de otoño, hacía fresco y estaba nublado, sin embargo en la habitación ardía una gran chimenea que caldeaba el ambiente.

Se hacía la hora de comer y bajamos al comedor. En el pasillo y en las distintas salas había grandes estufas encendidas. Toda esta zona estaba orientada al norte, el sol había salido y penetraba tras los cristales. Presentí que la estancia allí iba a ser muy agradable.

En la comida me dieron un vaso de agua del balneario, no más, y tras una pequeña siesta fuimos a la piscina donde debía bañarme. Antes de introducirme en ella, la enfermera con unas gasas impregnadas en el agua me limpió suavemente los ojos en repetidas ocasiones.

María me ayudó a arreglarme, estaba muy guapa. Decidí sentarme en un salón a leer un libro publicado no hacía mucho: <Orgullo y prejuicio> de Jane Austen. Sumida en su lectura estaba cuando llegó al salón un apuesto caballero, quien cogió un ejemplar del Diario de Zaragoza y se sentó en uno de los divanes que había en la acogedora habitación, orientada al sol de tarde.

Poco después, D. Federico nos invitó a tomar la merienda en una salita anexa. Era el momento en el que aprovechaba para charlar con los residentes de forma distendida y que nosotros también nos conociéramos. Todo estaba preparado con primor. Las pastas hechas en el pueblo estaban riquísimas.

Yo era la única que había llegado ese día por lo que fui presentada al resto de huéspedes que, a su vez fueron, diciéndome sus nombres mientras alababan las bondades del lugar y de sus aguas.

El caballero que me había sorprendido por su porte y distinción se llamaba D. Felipe. Era un hombre joven de unos treinta años, de buena estatura, delgado, moreno, con unos ojos azules tan bonitos como su mirada y su sonrisa. Era de Tarazona. Y había quedado viudo hacía unos meses. Una vez merendados, se me acercó y me invitó a dar un paseo para enseñarme el jardín que rodeaba el edificio. Era grande y muy bien cuidado. Enormes pinos, chopos, álamos blancos; arbustos, hierbas aromáticas; aquí y allá pequeños rincones con fuentesillas, bancos donde sentarse a escuchar el rumor relajante del agua.

D. Felipe me puso al día de la historia del lugar, del pueblo que estaba junto a él: Quinto. Nos contó que el director era amigo suyo y le convenció para que probara las aguas, adecuadas a su enfermedad digestiva. Dado que sus dolencias habían aminorado venía todos los meses.

Atardecía y la cena estaba próxima, volvimos los tres, siempre acompañada de mi María. Tras tomar un ligero pero buenísimo refrigerio, nos retiramos a descansar. Me sentía liviana, feliz.

Al día siguiente realizamos las terapias aconsejadas por el médico y por la tarde me notaba nerviosa, deseosa de que D. Felipe me invitara, de nuevo a dar un paseo. Así lo hizo y nos fuimos a conocer el pueblo. Estaba muy cerca. Entramos por un arco llamado de San Miguel, una de las puertas medievales de la población, anduvimos por una calle estrecha, la calle Mayor con muchos callejones que unían con otra a la que llamaban calle alta. Por uno de ellos subimos y llegamos hasta una preciosa iglesia que llamaban el Piquete, por estar en el pico más alto del lugar. Desde allí se divisaba toda la fértil huerta quintana que el Ebro acariciaba, en aquel momento, suavemente. Entramos en la Iglesia y me sorprendió su belleza, inesperada en un pequeño pueblo del que nunca había oído hablar. Nuestro guía hablaba apasionadamente, pero yo, prendada de sus ojos y su voz, casi no le escuchaba.

Esto me estaba creando una gran desazón, creía estar haciendo algo malo y cuando volvimos al balneario le dije a María que no habría ningún paseo más.

Tras seis días de tratamiento mis los ojos estaban mejorando: la inflamación había desaparecido, ya no estaban rojos ni irritados y mis digestiones eran normales.

Era domingo y D. Felipe preguntó a María si queríamos acompañarlo a misa.

-Tengo miedo –le dije.

-¿Por qué? Es todo un caballero –me contestó.

-Sí pero creo que me estoy enamorando de él -confesé avergonzada. Estos sentimientos no debe tenerlos una mujer casada y decente como yo.

-¡Vamos a misa! -exclamó María, ¿hay algo más decente que eso?, Señora está siendo muy escrupulosa. Me dejé convencer con facilidad. La semana siguiente D. Felipe marchó a su ciudad yo continué con el tratamiento y el lunes vino a buscarme el coche, como habíamos quedado con mi marido. Me despedí hasta dentro de un mes, a pesar de que estaba mucho mejor.

Durante los nueve meses en los que acudí siempre estaba él. Fuimos intimando y surgió entre nosotros una bella amistad y amor platónico. Yo nunca hubiera faltado a Fausto por mucho que tuviera que luchar con mis sentimientos. Él no era tan guapo, ni tenía una conversación tan inteligente, ni tanto tiempo para mí, pero era un buen hombre y, sobre todo, era mi marido hasta que ella nos separase.

Cuando volví en julio, él no estaba. Gustaba mucho de pasear por el río a caballo y días antes había habido una gran crecida. Parece ser que no calculó bien y el agua se llevó a caballo y caballero. Los encontraron en un vado al otro lado del pueblo.

Pasé la semana muy triste. Ya en Zaragoza mis distracciones habituales me parecían tediosas, la noticia de mi esterilidad me hundió en una profunda depresión. La presencia de Fausto me molestaba. Comencé a llamarla. Tardó varios meses en hacerme caso pero, en un descuido, me caí por la escalinata de mi casa-palacio, quedé inconsciente y la vi. Se lo pedí por favor. Esta vez me hizo caso, me ayudó a pasar al otro lado.

